

# José, el viejo pescador

JORGE MUNGUÍA ESPITIA\*

*Para mi dulce hija María.*

Los últimos días habían sido más tristes que de costumbre. El mal tiempo azotaba la costa desde hacía varias semanas y los pescadores no podían salir a pescar. La falta de productos para vender en el mercado había agotado las despensas de sus familias, por lo que la sombra del hambre comenzó a extenderse como el viento entre los pueblos del litoral. Ante esta situación los hombres de mar vagaban por las playas para apaciguararse, o buscaban la serenidad en las cantinas, en donde bebían de fiado o imaginaban maneras para obtener el dinero que les permitiera sobrellevar el temporal, o intentaban con ansia cualquier cosa.

El viejo José recorrió durante todo el día las calles de Antigua, en medio de una intensa lluvia, con la intención de conseguir algunos centavos. Cuando la pesca era exigua, a causa de la borrasca, iba a las casas de la gente que se dedicaba al comercio o a la agricultura y ofrecía sus servicios para recoger la basura de los patios, arreglar las tejas de los techos, desajustadas por el fuerte aire, o para hacer cualquier faena. Él sabía que a ellos las llamadas mangas de viento no los afectaban tanto y siempre había alguna labor por hacer. De esta forma obtenía con el trabajo realizado algunas monedas para comprar algo de lo que necesitaba su familia.

—Ni por asomo me recoja la hojarasca don José —le dijo Remigio—, el vendaval continúa. No vale la pena hacerlo. Mire, sé de su apuro, tome una talega de mangos y lléveselo a su familia.

—Yo puedo ordenar las latas, José —le contestó doña Rosalba la tendera—, mientras tenga brazos y ánimo no voy a pagarle a alguien para que lo haga. ¡Qué desperdicio! Mejor váyase a su casa, que de seguro ahí lo deben necesitar.

.....  
\* Maestro por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Profesor jubilado de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

—Mira, Camarillo, jamás voy a retribuir un trabajo —afirmó don Damaso el ganadero— que cualquiera de mis hijos pueda realizar. Así es que búscale por otro lado.

La vida le había enseñado cómo la gente cada día se volvía más egoísta, de tal manera que eran pocos los hombres generosos, siempre dispuestos a dar algo al otro y muchos los avaros incapaces de procurar a quien lo necesitara. “Así están las cosas”, pensó atribulado.

Estaba por llegar la noche, el aguacero continuaba y sólo había conseguido una bolsa de mangos maduros, a pesar de que ofreció su trabajo en varios lugares. No tenía caso continuar con el intento. Así que decidió regresar a su casa, que se hallaba del otro lado del río. Cuando cruzaba el puente de madera, tensado con gruesas cuerdas de acero, se detuvo como de costumbre a la mitad y miró hacia donde desembocaba la corriente y unía con el mar, luego divisó en el horizonte un claro entre las nubes, señal de que muy temprano habría una tregua y dejaría de caer la lluvia por unos momentos. Terminó de cruzar y subió una pequeña loma en donde se encontraba su hogar de varios cuartos, hecho de maderas y tejas.

Nada más escuchó los pasos de don José, su perro —el Solovino— corrió por el terreno y llegó a la verja moviendo la cola y revolcándose de gusto para recibirlo. El viejo como siempre lo acarició con la mano desocupada y el perro acercó el hocico para olfatear la bolsa con olores frutales. El Solovino había intuido que algo le preocupaba desde hacía varios días y a partir de entonces estaba más cariñoso. Se le restregó y brincó alrededor, por un instante José sintió que su preocupación sobre las carencias desaparecía ante tanto arrumaco del perro. En ese momento extrañó a la Estrella, su perra, pero recordó que apenas ayer había tenido una camada de diez cachorros y que seguramente estaría ocupada dándoles de mamar.

—José, mañana temprano va a dejar de llover —le dijo Carmelo asomándose por la reja—, así lo dicen las nubes.

—Ya me di cuenta —contestó el viejo.

—Vamos a salir Jacinto, Zebedeo, Nico y yo a pescar en la barca de la cooperativa. ¿Vienes con nosotros?

—Sí —luego de una pausa continuó—, ¿pensaron en el riesgo?

—No nos queda otra, José, ¿qué le pensamos? Lo que creo es que no vamos a poder echar las redes, seguramente el agua estará embravecida y el motor de la barca, para colmo de males, no tiene potencia para arrastrarlas en esas condiciones, pero de todas maneras vamos a llevarlas, con suerte y el mar esté tranquilo. Así es que tráete tus anzuelos, cañas y cordeles.

—¿Dónde vamos a conseguir gasolina para la barca?

—Está todo arreglado. El Nico le sacó unos litros al camión de su cuñado. ¿Podrías despertarnos antes de que rompa el día?

—Claro que sí —terminó José—, a las cinco paso por ustedes, ya me conocen y saben que ni a mi muerte voy a llegar tarde. Les avisas a los demás, Carmelo, que también voy.

—Ya están avisados, sabía que te animarías.

Caminaba de regreso a casa cuando recordó que le habían regalado unos anzuelos. Cierta día un gringo, a la orilla del río, se puso a pescar y después de una hora tenía la cubeta llena de pescados. José lo miraba y luego se acercó para ver cómo lo hacía. El hombre, llamado Jack, le explicó que había atrapado tantos peces porque los anzuelos tenían como carnada a un pescadito de plástico color naranja y a una especie de erizo rojo con largos y delgados brazos, que se movían como si estuvieran vivos cuando entraban en contacto con la corriente. Según él, los colores vivaces y rápidos giros atraían y provocaban que los peces picaran pronto. En el momento que Jack terminó de pescar le obsequió los anzuelos. El viejo agradeció la atención, pero no expresó su pensamiento: “la buena pesca no se debió a los bichos de colores, sino a que tuvo suerte, pues qué caray”. Ahora, al recordar esa anécdota, deseó haberse equivocado, porque de ser cierto lo dicho por el gringo mañana podría capturar muchos peces.

Entró a la habitación principal y vio a sus pequeños hijos que jugaban con unas piedras. Los niños lo miraron y gritaron de alegría. Se acercó a ellos y los besó. Luego le llevó a su joven mujer la bolsa con mangos.

—Es todo lo que conseguí, Carmen. No hay trabajo, ni dinero.

—Con esta fruta es suficiente para comer varios días. No te preocupes, José.

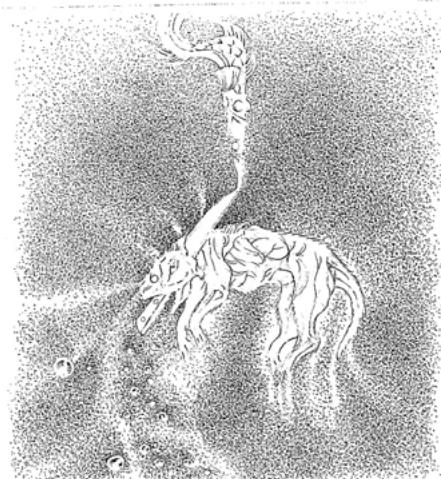
—¿Ya no queda masa para tortillas?

—Hoy en la mañana nos comimos los últimos tacos de frijoles, nada más queda un poco de sal.

—Qué ironía, lo que tenemos sirve para salar la fruta dulce que conseguí.

—Mañana será otro día, José, quizás la situación mejore.

—Dios te oiga, mujer. Antes de



que aclare voy a salir a la mar con algunos pescadores, parece que va a serenarse el cielo por unos momentos, ojalá y pueda traer algo.

Carmen llamó a cenar. José fue a sentarse en una silla que se encontraba en el rincón del gran cuarto, que era cocina y comedor a la vez. Ese era su lugar favorito porque ahí tenía, en sencillas repisas hechas de ladrillo y tablas, los libros comprados por gusto y con tantos esfuerzos. Desde ahí vio cómo los niños comían con avidez los mangos, mientras los dos perros esperaban frente a ellos que les arrojaran las cáscaras para comerlas. Cuando esto sucedió la Estrella se precipitó sobre los restos. El Solovino pareció entender este impulso, motivado por la necesidad de alimentar a sus cachorros, la dejó que los engullera y fue a echarse a los pies de su amo, quien percibió el gesto y gratificó al perro con caricias en el lomo. Engolosinado por el afecto puso la cabeza entre las piernas del viejo para que lo mimara. Así lo hizo José y empezó a divagar hasta ausentarse.

Por estar ensimismado no se dio cuenta de la hora en que fueron a acosarse su mujer y los pequeños. Había cavilado sobre muchas cosas y le dolió ser pobre en ese momento. No quería riquezas. La buena vida requiere de salud y un corazón fuerte para resistir la tristeza, pero el dinero también puede ayudar en las ocasiones en que nos entrampa lo material. Ahora su familia estaba amenazada por el hambre y él no contaba con recursos, mientras que otros hombres vivían en la opulencia e incluso caían en el derroche. “Hemos construido un mundo injusto y sin caridad –reflexionó–, parece que hacemos muy poco por enderezarlo. El día que las personas dejen de actuar para su mera conveniencia y lo hagan también considerando a los demás, estaremos un poco mejor. A la larga todo podría cambiar y quizás la iniquidad y la pobreza pasen a ser lo insólito y no lo común como sucede ahora”. Al término de su disquisición el viejo sintió una gran emoción porque sus pensamientos parecían como de libro y su ser se desbordó en un profundo suspiro que denotaba un antiquísimo cansancio.

En seguida se levantó, brincó a su perro que dormía y fue a acostarse. No le hizo falta desvestirse porque pernoctaba con la ropa puesta cuando iba a salir de pesca. Luego extendió el brazo y lo colocó por encima de la cadera de su mujer. El calor que experimentó le dio tranquilidad, el sonido de la llovisna lo arrulló y tiempo después comenzó a soñar.

Abandonó el lecho antes de que aclarara, afortunadamente había dejado de llover. Fue a la caja en la que guardaba sus implementos de pesca y sacó los anzuelos y cordeles. Al llegar a la puerta el Solovino lo esperaba sentado. Desde pequeño lo acompañaba casi siempre a pescar. Hoy no sería la

excepción. Abrió la puerta e inexplicablemente el animal se dirigió al rincón en donde dormía la Estrella con sus cachorros y los olfateó a manera de despedida, luego fue a unirse con su amo y ambos salieron de la casa. El Solovino corrió y se revolcó en la yerba. Después fue a la verja del terreno y la orinó, como era su costumbre.

Ya afuera recorrieron las calles y José silbó frente a cada casa de sus compañeros la tonada con que los despertaba. Los pescadores le contestaron con el mismo silbido, para comunicarle que ya se habían levantado y luego lo alcanzarían. Después se dirigieron a la orilla del río. Ahí estaba la deslucida embarcación de la cooperativa atada al vetusto muelle. De un salto el viejo trepó a la barcaza, puso sus arneses en el fondo y con un balde que halló junto al motor empezó a sacar el agua de lluvia. En seguida con una jerga secó la humedad. El Solovino, mientras tanto, se había ido a retozar entre la maleza y a veces podían escucharse sus ladridos. En eso apareció el Nico con la garrafa de gasolina, José le ayudó a subirla y la vaciaron en el tanque. Poco tiempo después llegaron Carmelo, Jacinto y Zebedeo con sus anzuelos, los sedales, las cañas, las redes, un poco de fruta por si el hambre apretaba y una lata que llenaron de lombrices para usar como cebo y que debido a la gran humedad proliferaban a flor de tierra.

Después de acomodar los utensilios, el alimento y la carnaza de lombrices, los hombres ocuparon sus lugares de siempre en la barca. Nico intentó prender el motor jalando la correa, pero sólo le arrancaba ahogadas toses y un penetrante olor a gasolina. Revisó la bujía y comprobó que estaba mal conectada. Hecho el arreglo apoyó el pie sobre el motor, jaló con fuerza la correa e inmediatamente encendió. El estruendo de la máquina fue el llamado para que corriendo apareciera el Solovino de entre la maraña. De un salto subió al bote y se colocó en la proa, su lugar de costumbre, ante el beneplácito de la tripulación, que lo consideraba un talismán de la suerte, ya que cuando salía con ellos la pesca no era tan mala.

Por el río enfilaron hacia el mar, al poco tiempo quedaron atrás las luces de Antigua. El amanecer llegó y la claridad iluminó el firmamento que mostraba una gran cantidad de nubes y poquísimos espacios de cielo abierto, a través de las cuales se colaban algunos rayos de luz. Los hombres se angustiaron, sabían que les quedaba poco tiempo para pescar, así lo decían los oscuros nubarrones que se acercaban velozmente a la costa. El mar estaba muy revuelto, lo que hacía impensable tirar las redes. La única posibilidad era echar las cañas y cabos de pescar, así que se encomendaron a Dios y los arrojaron.

Ningún pez picó en los anzuelos. Como lo había pensado el viejo José, el gringo Jack tuvo suerte aquella tarde. La aflicción provocó que los minutos se hicieran brevísimos. Zebedeo indicó la causa por la que no mordían los peces: falta de buena carnada. Jacinto propuso una combinación de las lombrices con algo de fruta como cebo. Cada uno de los hombres así lo hizo, pero la fuerte marea lo arrancaba. Entonces los pescadores pasaron de la desesperación al coraje. La oportunidad de llevar algo de comer a sus casas estaba por terminar y parecía que el huracán no había perdido fuerza con el transcurrir de los días, sino todo lo contrario, cada día se volvía más imponente y terrible. El respiro que se tomó ese amanecer era único y estaban por perderlo.

Un fuerte viento comenzó a soplar, golpeó el rostro de los pescadores y a algunos se les anegaron los ojos de lágrimas, producidas por el sentimiento. Alguien dijo que, si tuvieran carne de pescado o de res como carnada, muy posiblemente los peces grandes -atraídos por la sangre y el olor- se animarían a picar. La propuesta provocó una amarga sonrisa en José.

-¡Si hubiera carne -gritó el Nico- nos la comeríamos!

José estaba sentado en la popa. Se levantó, como si fuera un sonámbulo y se dirigió a la proa, en donde el Solovino oteaba el horizonte. El perro sintió la presencia de su amo, lo atisbió de lado y volvió a contemplar impasible el mar. El viejo se sentó a su lado y comenzó a acariciarle el lomo, mientras que el animal emitía un callado gemido. De súbito el marinero sacó su afilado cuchillo y de un tajo le hizo un corte en el cuello. El Solovino, instintivamente, lanzó una dentellada, pero luego inclinó la cabeza -avergonzado-. La sangre manaba por la herida y el perro se echó en el piso, en seguida le dirigió una última y larga mirada a su amo, hasta que la luz que había en sus profundos ojos negros desapareció.

El viejo, con la habilidad que le habían dado los años de trabajo como carnicero, le quitó al animal la piel y luego lo destazó. Cogió la cubeta en donde estaba el hato de lombrices y ahí colocó los pedazos de su perro y el cuchillo. Los pescadores presenciaron pasmados el suceso.

-Ya tenemos carnada -dijo José con voz dolida-, a ver si ahora pican los peces.

Ningún pescador se animó a coger el cebo caliente y sangrante. Así que José tomó el cuchillo de la cubeta y cortó un pedazo de carne, lo colocó en el anzuelo y lanzó al mar.

-Tomen la carnaza -gritó- y arrojen sus cuerdas que ya nos queda poco tiempo de pesca.

Tímidamente los pescadores se acercaron e hicieron lo mismo. Pocos instantes después comenzaron a picar grandes peces, principalmente cazones. Parecía que la carnada fuera mágica: nada más era arrojada y el cordel se tensaba, luego había que jalar y sacar a la presa. El bote se llenó de pescados, pero los hombres no estaban alegres. Entonces el viento que provenía del puerto de Veracruz empezó a soplar con mayor fuerza y Jacinto propuso regresar. Así enfilaron de nuevo a la costa. José tomó la cubeta con los restos del perro y los arrojó al mar. Después se dirigió a la popa y contempló el cielo, como si tratara de escudriñar los secretos que las nubes guardan. Nadie habló durante el trayecto.

La barca entró al río y aproximó al muelle. Cuando estuvieron cerca tiraron las cuerdas para enlazar el poste de amarre y con fuertes jalones fueron arrimándose al embarcadero. Bajaron Jacinto y Zebedeo, mientras José, Nico y Carmelo sacaban unos costales que tenían guardados bajo los asientos. En ellos colocaron la pesca por partes iguales. Despues los arrastraron y entre dos de los hombres cargaron cada bulto y lo arrojaron al muelle, en tanto que los otros pescadores amarraban la embarcación. Luego saltaron a tierra. Sin decir palabra cada hombre guardó los implementos que había traído, tomó un saco y se lo echó con dificultad al hombro. Cuando pasaron junto a José le dieron una palmada en la espalda. El viejo los vio irse. Largo rato estuvo como ido, después se sentó en el muelle y observó el interminable fluir del agua. En eso empezó a llover de nuevo. Fue entonces que alzó su brazo y dirigió la mirada hacia el lugar donde había lanzado los despojos de su perro para decir adiós.

-¡Solovino! -fue el grito del viejo José que rompió la monotonía del sonido causado por la lluvia y rebotó por entre los manglares hasta apagarse-.

Llegó a la vivienda con el costal repleto de pescados. Carmen al verlo se sintió feliz y los niños brincaron a sus brazos. El gusto hizo



que casi nadie reparara en la ausencia del Solovino, ya que a veces cuando el viejo regresaba de pescar el perro se quedaba a jugar entre la hojarasca. La mujer tomó el bulto e inmediatamente se dispuso a trabajar con el pescado. La mayor parte lo empanizó con sal y puso a secar, otra parte la empezó a guisar con algo de la verdura que había conseguido con sus vecinas. El viejo, después de guardar sus implementos de pesca, abrió la puerta de la habitación que daba al terreno y se sentó en el banco de madera, para contemplar la llovizna que caía.

Cuando estuvo el cocido Carmen los llamó a comer. Inmediatamente los niños se sentaron a la mesa y les sirvieron un caldo con pescado. José fue a ocupar muy lentamente su lugar y recibió un plato humeante. Estuvo distante, no se percató del momento en que terminaron de comer los pequeños y fueron a jugar a otro de los cuartos.

—¿Qué te pasa, José, no tienes hambre? —oyó que le preguntaba su mujer—. No has probado bocado y estás como ausente.

—Perdóname, Carmen —le contestó, su voz parecía venir de muy lejos—, estoy cansado.

La mujer le retiró el plato y se puso a lavar los trastes. José volteó hacia el rincón del cuarto y miró al lugar donde dormían los animales. La perra y sus cachorros lo contemplaban acongojados. Entonces la Estrella se le acercó y puso la cabeza entre las piernas para que la acariciara. El viejo pescador así lo hizo, entre sollozos silentes, mientras que afuera imperturbable la lluvia de nuevo arreció.

312

313

Ilustraciones de Isaac Hernández.

